

y del que esperamos sacrifique algo de tiempo y de energías, para dar mayor vida a esta Academia, siempre dispuesta a abrir sus brazos para acoger en su seno a todo aquel que sobresale por su esfuerzo, por su talento y por la rectitud de su conducta.

Sean mis últimas palabras de viva gratitud y reconocimiento por el altísimo honor que he recibido y que nunca creí merecer, honor que espero corresponder al continuar mi labor modestamente en las filas de los batalladores del ideal.

Discurso del Presidente entrante de la Academia, Dr. Gustavo Baz*

Quisiera que mis palabras, en esta ocasión, fueran un mensaje de entusiasmo y de optimismo que aumentara el esfuerzo en la labor científica que ha sostenido y que sostiene a la Academia Nacional de Medicina como la asociación médica más antigua y de más prestigio en la República.

La humanidad, desde su origen, busca aumentar el porcentaje de bienestar entre los hombres. La historia nos cuenta de esfuerzos y de sacrificios, de revoluciones y aun de guerras, que este justo deseo ha traído consigo, y nos cuenta también de cómo han sido los intelectuales culpables de indiferencia y egoísmo ante los problemas sociales, y aun se ha llegado, en otras épocas, hasta la persecución contra ellos; y si en estas circunstancias difíciles para el investigador, para el hombre de ciencia, no se abandonó el estudio ni el interés científico, menos lo vamos a hacer ahora en que el Gobierno de la República anuncia, como parte de su programa, un apoyo fuerte y eficaz a la cultura superior y a la investigación. Más que nunca la Academia Nacional de Medicina debe demostrar que su labor, completamente alejada de todo egoísmo, continúa y mejora su calidad, de acuerdo con los progresos de la ciencia.

La Academia Nacional de Medicina, como cuerpo consultivo del Gobierno de la Nación, continuará poniendo a la disposición de éste el fruto de su labor científica.

* Leído en la sesión solemne del 1º de octubre de 1935.

Comenzamos el año académico de 1935 a 1936 diezmos en nuestras filas por la desaparición de valiosísimos elementos, a los cuales acaba de rendir justo homenaje nuestro distinguido presidente, doctor don Francisco de P. Miranda. Guardamos de ellos un gran recuerdo; su magnífico acervo científico y el ejemplo de trabajo y probidad que nos legaron, nos deben servir para tratar de superarlos.

Cada uno de los sillones que dejan vacantes nuestros ilustres desaparecidos, exigen de la Academia el que se elija para ocuparlos a hombres de valer científico que nos honren. Esta labor de selección será realizada por la Academia en este año, de acuerdo con las modificaciones que se harán al Reglamento y que nos permitirán, no sólo conceder su debido sitio a las especialidades, sino que nos permitirán, asimismo, tener sillones de medicina social y de medicina del trabajo, en forma de que la Academia se avoque a la discusión de problemas sociales de palpitante interés.

El señor doctor Miranda, que hoy deja la presidencia, es entre mis amigos uno de los mejores. Manos afectuosas y listas para dar al que le pide una ayuda; trabajador incansable en el terreno de la investigación; embajador científico que ha hecho que se nos conozca, viajando por la América del Norte y la del Sur, y haciendo que a través de su personalidad se nos estime. Para el doctor Miranda el agradecimiento de nuestra Asociación por su gestión como presidente en el año académico de 1934 a 1935.

Para terminar, señores académicos, debo hacer patente a cada uno de vosotros mi sincero agradecimiento por haber puesto en mis manos la presidencia de esta docta Academia. No hago mención de mis pocos méritos, porque tengo la impresión de que el trabajo que aquí se realiza es de todos; el éxito o el fracaso nos corresponden por igual y estoy seguro que en este año, como en cada uno de los años que vengan, la labor científica de la Academia de Medicina será mejor.

Espero entonces, señores académicos, que al terminar mi tarea podré decir con orgullo que hemos logrado, conjuntamente, el éxito que ambiciono.

